



Reseña

Solodkow, David. *Etnógrafos coloniales. Alteridad y escritura en la Conquista de América (siglo XVI)*. Madrid: Iberoamericana, 2014.

Vanina Teglia¹

Etnógrafos coloniales. Alteridad y escritura en la Conquista de América (siglo XVI) de David Solodkow me sirvió para comprender mejor y de manera fundamentada la mentalidad de los participantes en el proceso de conquista. Los textos de Cristóbal Colón, Francisco de Vitoria, las Leyes de Burgos, Bernardino de Sahagún, Motolinía y José de Acosta, entre otros, son examinados desde una nueva luz: como etnógrafos sin reservas.

El autor parte de una conceptualización no común acerca de la etnografía: como invención occidental producto de la invasión colonial que se expande sobre América desde Europa en los siglos XV y XVI principalmente (327). En gran medida, la mentalidad referida arriba había sido creada para la justificación del saqueo colonial o para conservar a los indios como fuerza de trabajo útil, de la que también participaron los géneros y las políticas de la evangelización para la implementación de la soberanía del imperio. Solodkow aborda los textos analizados sirviéndose de un método de lectura paulatina, que no cae en formas estereotipadas rápidas sino que va reconstruyendo los cambios conceptuales que aparecen en las obras a medida que el contexto y las circunstancias

¹ **Vanina M. Teglia** (Instituto de Literatura Hispanoamericana, FFyL, UBA – CONICET) es Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires, con una tesis sobre representaciones utópicas en las Historias de Fernández de Oviedo y Bartolomé de las Casas. Especialista en Literatura colonial hispanoamericana, dirige un proyecto PICT de la ANPCYT y es becaria de la Comisión Fulbright. Contacto: vaninategla@filo.uba.ar

personales detectados dirigen los cambios. Otro mérito del libro consiste en haber reunido los datos acerca de ciertos acontecimientos reales para contrastarlos con los proyectos y legislaciones asociados al imperio. ¿Qué sentido tuvieron –se pregunta el autor– las polémicas y discusiones acerca del buen tratamiento de los indios si, en verdad, los hechos no se desarrollaron finalmente como estaba expresado en la letra?

Uno de los objetivos centrales de *Etnógrafos coloniales*, desde la perspectiva poscolonial que rige al libro, consiste en desmontar el persistente eurocentrismo de la crítica contemporánea sobre los textos coloniales. Junto con esto, restaura ciertos propósitos de los cronistas que la crítica suele olvidar, como la aniquilación de la vida indígena en algunos casos o la extirpación de las creencias religiosas autóctonas; por ejemplo, en la *Historia* de Bernardino de Sahagún.

El análisis comienza con el corpus de Cristóbal Colón y, en él, el autor no lee a las –tan transitadas– figuras del buen salvaje y el caníbal en oposición binaria sino como continuidad caleidoscópica (130). De esta manera, tanto el caníbal como el oro –más que simples referentes– son funciones del proceso y del texto; se constituyen en justificación del próximo viaje e incentivan la codicia. Solodkow observa que estas construcciones etnográficas varían a lo largo del corpus por ciertos motivos circunstanciales de la expedición, también a causa de las dudas que asaltan al enunciadador y por las fuerzas de “resistencia contracolonia indígena” (115). También tiene en cuenta las operaciones de edición de Bartolomé de Las Casas sobre los diarios colombinos, que inauguran marcadas líneas argumentales e ideológicas diferentes. La investigación consigue comprobar, tanto en Colón como en Las Casas, cómo el ofrecimiento a los Reyes Católicos de un *locus amoenus* indiano (la fundación de América como paraíso o de la Utopía de América) se constituye como reemplazo de la ausencia de riqueza en la naturaleza y de la carencia general de los indios. En esto, encontramos la posibilidad de un diálogo futuro con lo planteado por Stephen Greenblatt (1991) sobre la estrategia retórica colombina de legitimación y compensación por lo que no se tiene.

En este plan de lectura no estático de Solodkow, Francisco de Vitoria es observado con claridad. Sus propuestas, en realidad, van de la impugnación de los títulos de la soberanía papal e imperial sobre el Nuevo Mundo a las justificaciones de la guerra justa, porque una retirada del lugar ya no sería tolerable para los españoles y el príncipe (194), dado el estado avanzado en que se encuentra la conquista y la propagación de la fe cristiana cuando se dan los debates en la Escuela de Salamanca. Así también, consigue observar que las Leyes de Burgos, si bien partieron de buenas intenciones, finalmente resultaron en la codificación de un sistema de pueblos gobernados por encomenderos que, absurdamente, debían autorregularse. En todo esto y en lo que sigue, Solodkow advierte una interrelación entre las concepciones antropológicas y las formulaciones jurídicas coloniales, instrumentadas ambas (las primeras, como argumentos; las segundas, como deducciones forzosas) para el armado de una maquinaria de guerra. En cuanto al Debate de Valladolid, concluye que mientras que Las Casas alcanza el triunfo legal, son las aspiraciones de Juan Ginés de Sepúlveda las que triunfan en lo material inmediato del Nuevo Mundo. El autor valora, sin embargo, en el primero, la elaboración de una etnografía comparada entre la Antigüedad y el presente de enunciación colonial que desmonta las nociones de barbarie que circulaban como verdaderas.

Un concepto importante para el estudio de estos textos es el de *paranoia colonial*, al que Solodkow da nueva vida, pues comprende que es el origen del tan extendido discurso demonológico acerca de la idolatría de los indios constitutivo del relato etnográfico evangélico, cuya maquinaria semiótica dialogaba con la resistencia colonial y –en verdad– se retroalimentaba de ella. La forma retórica que asumió esta formación discursiva es la analogía que liga las prácticas religiosas de los indios, entre otras, con ciertas visiones diabólicas bíblicas. El pensamiento analógico produce orden, acomoda contenidos, distribuye la diferencia y construye principios de identidad. Es, en este período, un poderoso instrumento hermenéutico. Palacios Rubios, Diego de Landa, Fernández de Oviedo, fray Ramón Pané, Inca Garcilaso de la vega, Diego Durán, fray Andrés de Olmos, el Virrey de Mendoza y, sobre todo, Motolinía se sirven de él. Por su parte, Las Casas y Guamán Poma invirtieron estas figuras del demonio

y del paganismo para atribuírselas mayormente a los españoles y europeos. El informe etnográfico, así, servía para hacer visible lo invisible, es decir, la manipulación diabólica; y, con esto, denunciarla con énfasis en la emulación y mezcla simuladoras de los indios (lugar de la agencia indígena y de las maniobras contracolonias).

En cuanto a la *Historia general de las cosas de Nueva España*, aunque se filtren las voces nativas y mestizas de los informantes, Solodkow nos recuerda que se trata, por sobre todo lo demás, de la obra y los propósitos de fray Bernardino de Sahagún. Por esto, la finalidad principal del proceder etnográfico, basado en la evidencia y la técnica clasificatoria, es el disciplinamiento moral y cultural de los aztecas, y la negación rotunda de sus motivos y expresiones religiosas. A la analogía con lo demoníaco, se le suma el léxico de lo médico y de la enfermedad. Paradoja eurocéntrica clásica del colonialismo: el conocimiento es destruido y preservado en un mismo movimiento. La voz indígena logra filtrarse y contaminar el orden occidental, lo que desestabiliza la organización tanto del material gráfico de la *Historia* (de infinito interés académico y cultural) como de los contenidos y significados culturales. El fraile etnógrafo se lamenta por no poder penetrar el significado último del Otro, lo que tiñe de pesimismo las esperanzas por las verdaderas posibilidades de la conversión indígena. Junto con una extensa reseña de los doce libros de la *Historia*, Solodkow desmonta el eurocentrismo de los planteos de Tzvetan Todorov y también de Ángel María Garibay, quien acusa al saber poco formal de los informantes indígenas del poco valor etnográfico alcanzado en la obra de Sahagún.

Solodkow destina un capítulo importante a José de Acosta, en el que desarma críticamente el mito de un supuesto proto-rracionalismo y empiricismo aceptados sobre su obra, contruidos por la crítica literaria y por la historiografía. Si bien parecería haber una jerarquización de la evidencia empírica por sobre la acumulación libresca de la autoridad, según Solodkow, la primera se encuentra teñida de prejuicio eurocéntrico y renace junto con las visiones de las influencias satánicas. Hacia el final de su obra, Acosta cae en el pesimismo corriente de los evangelizadores y en la creencia en la determinación

absoluta. La ponderación de la observación participante en el fraile (que no asume en carne propia, pues no es testigo directo de lo que relata) lo lleva a valorar las diferencias entre las comunidades indígenas por su localización espacial y por las diferencias temporales. Propone un respeto por las estructuras políticas indígenas, además de una evangelización llevada a cabo con buenos ministros y sirviéndose de la suavidad del yugo. Esto marcaría una diferencia importante en relación con la tesitura salmantina renacentista del universalismo humanista generalizador.

Cuando terminé de leer el libro, es cierto que me quedé con deseos de leer una conclusión, una que quizás comparara entre sí a los etnógrafos coloniales repasados y que retomara alguna idea (o directamente la extrajera) de la extensa introducción. Esperamos, también, para otros libros de Solodkow sobre los etnógrafos coloniales, los dedicados a Fernández de Oviedo, Pané, Pedro Mártir y la *Apologética* de Las Casas. También, nos hubiera gustado leer más acerca de gigantes y monstruos en América, teratología que –según Solodkow– se abandona muy pronto en el discurso colonial, aunque sospechamos que, más bien, se ha visto transformada o desplazada (y esto seguiría esa metodología de observación de las evoluciones en las representaciones). Creemos que faltaría, además, una comparación o quizás una diferenciación entre la etnografía clásica del siglo XIX, la antropología moderna y el proceder, retórica y propósitos de los etnógrafos coloniales. Todavía quisiéramos saber qué consideraciones tendría Solodkow sobre el modelo de la Historia Natural, base de muchas Historias de Indias y de varios intereses incluidos en las disposiciones del imperio conquistador. De las cuestiones enumeradas en este último párrafo, se desprende nuestro deseo por conocer aún más acerca de los etnógrafos coloniales en esta misma línea, ni estática ni ajena a los resultados para América, que ha sentado Solodkow en su clarificador libro.

Bibliografía:

Greenblatt, Stephen. *Marvelous Possessions*, Chicago: The University of Chicago Press, 1991.